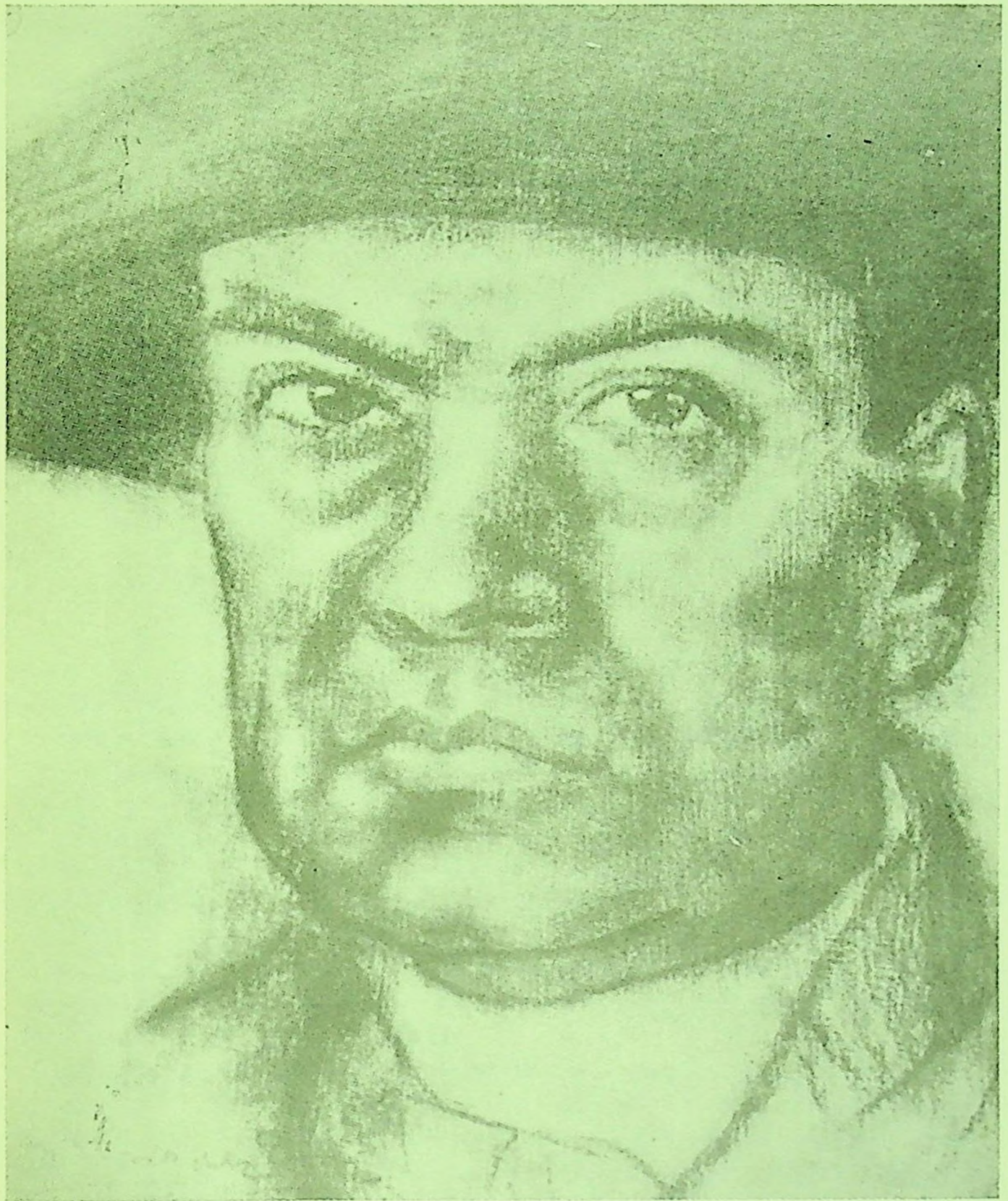




Rubén Darío. Retrato de Vázquez Díaz

MILTON ROSSEL

AUSENCIA Y PRESENCIA DE RUBÉN DARÍO

*Si era toda en tu verso la armonía del mundo,
¿dónde fuiste, Darío, la armonía a buscar?*

ANTONIO MACHADO.

LAS PALABRAS se escurren mezquinas, rebeldes a su natural ordenación, al evocar a ese hombre que a los cien años de su nacimiento y medio siglo de su muerte, sigue viviendo inmortalizado en sus creaciones poéticas. ¿Cómo aproximarnos a él sin disponer de la opulencia de su verbo de tan ricas e insólitas tonalidades? ¿No sería acaso opacar su nombre si nos valiéramos de nuestro pobre lenguaje cotidiano para exaltar su poesía, regustándola con la misma fruición deleitosa que sentimos al leerla en tiempos ya muy distantes?

Porque Rubén Darío sigue vivo, reencarnado en quienes vibran emotivamente con sus versos de oro y de cristal, de luces de amanecer y de sombras de crepúsculo, con todos los matices cromáticos que estremecen las más diversas fibras sensitivas.

Saludemos con admiración recogida a ese espíritu cuyo primer aliento vital se escuchó un 18 de enero de 1867 en Chocoyos, hoy Metapas, de Nicaragua. Fue entonces Félix Rubén García Sarmiento, para luego trocarlo por el eufónico Rubén Darío con que se inscribió en las letras y en la historia.

Asomémonos a su existencia a través de sus andanzas por la áspera tierra y por las alturas de su vuelo creativo. Acompañémoslo en su andar zigzagueante, entre cimas, llanos y precipicios, que la vida de Rubén Darío es un claroscuro como si ella hubiera estado regida por una estrella que tan pronto fulgía como se velaba en medio de densas tinieblas.

No podemos dejar de subrayar el hecho de su nacimiento en Nicaragua, corazón del trópico americano. Allí donde la floresta cubre la tierra estimulada por el sol quemante y las lluvias torrenciales. Hay en el niño sangre de indio chorotega. Ambas circunstancias —lo telúrico y lo biológico—, han de influir en su carácter. El brillo rutilante de su imaginaria surgió seguramente bajo el influjo de ese paisaje de exuberancia, encendiendo su sangre de indígena patente en su mirada triste y en sus rasgos fisonómicos. Ello no podía disimularlo porque era parte de su propio ser y le creó un complejo de timidez que se traslucía en silencios prolongados o en estados súbitos de altivez.

Mientras su formación provenía de los países europeos, especialmente España y Francia, su raíz humana se afincaba en lo genuino de estas tierras americanas. Acaso esa dualidad entre su biología y su espíritu constituyó el mayor drama de su vida; incapaz de superarlo y débil por temperamento, se refugió en el alcohol como una manera de evadirse de su naturaleza congénita, hábito que se fue acentuando hasta convertirlo en un dipsómano.

Vagabundó por muchos países de América y Europa como un rapsoda que fuera tañendo su lira. Afincó en Chile, Argentina, España y Francia; pero su actitud de transeúnte sempiterno no modificó su temperamento de americano del trópico. Acaso muchos actos contradictorios y su misma inestabilidad emocional derivan de su condición de eterno fugitivo que huye de su solar tras horizontes más promisorios. Pero llegó el momento en que sintió el llamado de su tierra, presintiendo que se aproximaba el término ineludible de su ambular.

El mejor testimonio de su niñez nos lo proporciona él en su *Autobiografía*, si bien no siempre podemos dar crédito a cuanto en ella nos cuenta, pues la redactó cuando sus recuerdos se desdibujaban por los años y su conciencia no siempre estaba lúcida por sus frecuentes estados de embriaguez; además, la hizo de memoria, sin documentos fidedignos en que asentar las evocaciones, y sobre todo la redactó en forma muy improvisada por encargo de una casa editorial que le pagaría generosamente. A pesar de ello, encontramos en su *Autobiografía* reminiscencias que valoramos como confesiones suyas de aquellos episodios lejanos y que, pese a las alternativas de su destino, sobrevivieron en su conciencia.

Entre los hechos evocados y que de alguna manera han de influir en su personalidad, está el ambiente tenebroso en medio del cual transcurrió su niñez, de lechuzas, de cuentos de ánimas en pena, de aparecidos. Nada parecía haber en su hogar que lo forjara alegre y juguetón, sin más preocupaciones que el placer infantil e inocente. Todo contri-

buía a acentuar su temperamento soñador, solitario y recogido; pesadillas, visiones nocturnas y macabras entenebrece su mente. Sus abuelos lo hacen ir a una escuela pública. De las maestras que tuvo sólo recuerda a una que lo castigó sólo una vez cuando, según confiesa, lo encontró "en compañía de una precoz chicuela, iniciando indoctos e imposibles Dafné y Cloe".

Sensual, hipersensible, tímido, recibe en plena niñez la influencia de los padres jesuitas, los cuales le infundieron "una gran religiosidad que llegaba hasta la superstición".

"Los jesuitas —escribe—, me halagaron; pero nunca me sugestionaron para entrar en la Compañía, seguramente viendo que yo no tenía vocación para ello".

No recuerda Darío a qué edad escribió sus primeros versos. Cree que fue cuando era todavía muy niño.

"¿A qué edad escribí mis primeros versos? —preguntábase el poeta—. No lo recuerdo precisamente, pero ello fue hartito temprano. Por la puerta de mi casa una Semana Santa famosa: 'Semana Santa en León y Corpus en Guatemala'; y las calles se adornaban con arcos de ramas verdes, palmas de cocoteros, flores de corozo, matas de plátanos o bananos, disecadas aves de colores, papel de china picado con mucha labor. Cuando pasaba la procesión del Señor del Triunfo —agrega— el Domingo de Ramos, la granada se abría y caía una lluvia de versos. Yo era el autor de ellos, no he podido recordar ninguno... pero si sé que eran versos, versos brotados instintivamente. Yo nunca aprendí a hacer versos. Ello fue en mí orgánico, natural, nacido".

Llevado de su espíritu inquieto, nuevos caminos se abren a su vida intelectual. Niño aún, abandona los estudios, se sacude de la influencia de los jesuitas y su personalidad se orienta hacia el liberalismo. Empieza a escribir en León, a los catorce años, en un periódico de oposición artículos contra el gobierno influido por el gran escritor ecuatoriano Juan Montalvo. Es encarcelado y gracias a amigos suyos logra trasladarse a la ciudad de Managua. Según algunos de sus biógrafos —Arturo Torres Rioseco— se habría hecho masón. De las propias palabras del poeta se desprende que sólo tuvo simpatía por la masonería.

ría, incluso pudo haber sido "iniciado" aunque ello no se advierte bien claro en lo que dice en su *Autobiografía*:

"Cayó en mis manos un libro de masonería, y me dio por ser masón, y llegaron a serme familiares Hiram, el Templo, los caballeros de Kadosh, el mandil, la escuadra, el compás, las baterías y toda la endiablada y simbólica liturgia de esos terribles ingenuos".

En el fondo Rubén Darío nunca dejó de ser religioso, con esa versatilidad temperamental que lo hacía moverse en los más opuestos campos ideológicos y políticos. En los últimos años de su vida pareció intensificarse ese sentimiento religioso; no obstante su fe se quebraba de cuando en cuando y la duda lo torturaba frecuentemente.

El niño poeta logra pronto gran popularidad, pero su vida es la de un bohemio, entre amores precoces y vagabundeos estériles. Algunos políticos liberales se interesan por su destino y tratan de que el Presidente de Nicaragua le otorgue una pensión para continuar sus estudios en Europa. No le conceden esa pensión y se le da en cambio un modesto empleo en la Biblioteca Nacional de Managua. Allí tiene oportunidad de leer sin descanso. Deja pronto ese puesto para trasladarse a El Salvador, país en el cual conoce a Francisco Gavidia, quien lo inicia en el conocimiento de los poetas franceses, en especial de Víctor Hugo, por el cual Darío tendrá desde entonces una exaltada admiración.

Vuelto a Managua traba amistad con el General y poeta salvadoreño, Juan Cañas. Nos dice Darío "que era éste hombre de verdadero talento, de completa distinción y bondad inagotable. Chilenófilo decidido desde que estuvo en Chile como diplomático". Rubén Darío tenía el propósito de irse a Estados Unidos, pero el General Cañas lo disuade y le aconseja que se dirija a Chile, país que para él era el mejor centro cultural de América.

"Vete a Chile, me dijo —escribe Darío en su *Autobiografía*—, es el país donde debes ir. Pero, Don Juan —le contesté— ¿cómo voy a ir a Chile si no tengo los recursos necesarios? Vete a nado —me dijo— aunque te ahogues en el camino. El caso es que entre él y otros amigos me arreglaron el viaje a Chile".

Antes de emprender su viaje a Chile, publica en Managua, con el título de *Primeras Notas* (1885), una colección de versos.

En julio de 1886 desembarca Rubén Darío en Valparaíso. Allí lo recibe Eduardo Poirier al cual venía recomendado por el General Cañas. Poirier y Darío se hicieron muy amigos, incluso escribieron juntos una novela de escaso valor literario, *Emelina*, en la cual la mayor participación correspondió al chileno.

La permanencia de Darío en Chile, de tres años, tuvo gran significación y trascendencia en su porvenir de escritor. Si bien había sido desde muy niño gran lector, su formación cultural era deficiente. Por lo demás, no olvidemos que Darío tenía diecinueve años cuando llegó a nuestro país. Aquí acrecienta su cultura y no sería exagerado manifestar que su personalidad literaria se configuró en los medios intelectuales chilenos.

Tiene algo de conmovedor la reacción que experimenta cuando llega a la estación de Santiago. Era un muchacho flaco, esmirriado, de chaqueta larga, trajeado con cierto amaneramiento provinciano que él consideraba elegante, modesta maleta repleta más de papeles que de indumentaria. Se siente aturdido en medio del gentío y desilusionado en su soledad entre tanta gente. De pronto se le acerca un joven elegante y dirigiéndose a él le dice: "Tengo mucho placer en conocerle. Le había hecho preparar habitación en un hotel de que le hablé a su amigo Poirier. No le conviene".

Nunca olvidó Darío esas palabras que envolvían un desprecio para su persona y un desengaño para su espíritu que venía tan lleno de ilusiones a este país que le habían exaltado como un centro cultural de América. ¿Quién fue ese señor que Darío menciona con las iniciales C. A.? Seguramente algún aristócrata, engolado y presumido. No interesa mayormente determinar al personaje de marras, pero sí cabe señalar el hecho como uno de los tantos desdenes que padeció Darío en Chile y que acaso le dejaron residuos de resentimiento.

En Santiago fue redactor del diario "La Epoca", donde alternó con los principales escritores jóvenes de entonces, entre los cuales cabe mencionar a Manuel Rodríguez Mendoza, Pedro Nolasco Préndez, Alfredo Irarrázaval Zañartu, Ladislao Errázuriz Echaurren, Narciso Tondreau, Luis Orrego Luco y Pedro Balmaceda Toro. Merece subrayarse en forma muy acentuada su amistad con éste último, hijo del Presidente de la República, don José Manuel Balmaceda. Jorobado, tuberculoso, hipersensible, gran lector, informado de cuánta novedad literaria

aparecía en Francia, Pedro Balmaceda murió muy joven y alcanzó a escribir varios estudios de carácter literario. Firmaba con el seudónimo de A. de Gilbert.

Darío concurría frecuentemente a su departamento en la Casa de La Moneda, y allí tuvo oportunidad de conocer las obras de los principales escritores franceses de la época: Verlaine, Baudelaire, Moreas, Catulle Mendès. Pertenecían ellos al grupo de escritores llamados simbolistas y decadentes, cuya influencia en Darío fue decisiva, incluso señalaron rumbos a su poesía con una impronta tan profunda que le dejaron huella indeleble.

Sin duda, el mejor recuerdo que Darío se llevó de Chile fue su amistad con Pedro Balmaceda, al cual le dedicó un libro poco después de su fallecimiento.

Rubén Darío, en carta dirigida al Presidente Balmaceda, le expresa emotivamente sus sentimientos por la muerte de su hijo. Le dice entre otras cosas:

“Su lírico espíritu soñador, que flotó siempre en la aurora, se sentirá feliz en tanto que cerca de la tumba que guarda el cuerpo que animara haya flores y cantos de pájaros, y su recuerdo viva en el corazón de los suyos.

Para mí, el querido compañero no ha muerto... Yo no quiero imaginarme aquella amable cabeza expresiva, pálida sobre la almohada del lecho mortuario. Yo alimentaré mi engaño hasta que —si Dios vuelve a guiar mis pasos a ese gran país de Chile— pueda ver en la casa el gabinete vacío, el asiento en la mesa, solitario, y yo sin aquel que me diera aliento, aplauso, apoyo, consuelo, amor”.

En marzo de 1887 publica *Abrojos*. Si bien en los versos de este libro no aparece todavía el poeta renovador de la lírica española, hay en ellos un acento íntimo y personal de amargura y desencanto. Darío ha sufrido desaires y privaciones, a veces no tiene ni para comer; viste pobremente y su figura aplebeyada desentona en los medios aristocratizantes de los contertulios de “La Epoca”.

Muy popular se ha hecho aquel *Abrojo* en que el poeta se siente desesperado por haber perdido a la mujer que amaba. Es una bella composición en que ya apuntan todas esas calidades de versificador fluido y armonioso que pronto le darían alta jerarquía artística:

*Cuando la vio pasar el pobre mozo
y oyó que le dijeron es tu amada...
lanzó una carcajada,
pidió una copa y se bajó el embozo.
¡Qué improvise el poeta! Y habló luego
del amor, del placer, de su destino.
Y al aplaudirle la embriagada tropa
se le rodó una lágrima de fuego
que fue a caer al vaso cristalino.
Después tomó su copa
y se bebió la lágrima y el vino.*

Federico Varela convocó a los poetas a un certamen literario en 1887. Entre los temas propuestos figuraba un canto épico a las glorias de Chile y poesías líricas de corte becqueriano. Rubén Darío presentó composiciones para estos dos temas y ocupó en el segundo un lugar muy desmedrado (89º lugar); en cambio, obtuvo el premio por su *Canto Epico a las Glorias de Chile*. Otro de sus amigos más íntimos y que más lo ayudó material y espiritualmente fue Eduardo de la Barra, quien le aconsejó concursara en dicho certamen. Le dio un esquema de los principales sucesos heroicos de la vida chilena, que el poeta versificó con bastante maestría, aun con brotes de elevación poética, especialmente cuando canta al Combate Naval de Iquique.

Impreso en Valparaíso en 1888, publica Rubén Darío su libro *Azul...*, formado de una colección de cuentos y composiciones poéticas, muchas de las cuales ya habían aparecido en diarios o revistas chilenos. El libro estaba dedicado al filántropo y Senador por Valparaíso, Federico Varela, quien ni siquiera se molestó en acusar recibo. Lleva *Azul...* un prólogo de Eduardo de la Barra en el cual se analizan los diversos aspectos del contenido literario de la obra; no es ese prólogo una exaltación elogiosa, de pleitesía indiscriminada. Eduardo de la Barra profundiza, analiza, y ello, como es de suponer, conlleva algunos reparos, en ningún caso injustos o arbitrarios. Eduardo de la Barra era demasiado culto, severo y erudito para caer en el ditirambo verbalista. Seguramente esta actitud no agradó a Rubén Darío; sólo en la segunda edición de *Azul...* publicada en Guatemala reprodujo el prólogo. En cambio, jamás omitió las cartas que le dedicó don Juan Valera en que comenta la primera edición de *Azul...*; cartas en las cuales algunos de los juicios del crítico español se encuentran ya contenidos en el prólogo del chileno. Nos parece injusta y hasta ingrata la conducta de Darío para con Eduardo de la Barra, ya que el prólogo es,

en general, bastante elogioso; además el nicaragüense recibió siempre el afecto y el consejo de nuestro filólogo. Deseando el poeta colaborar en "La Nación", de Buenos Aires, Eduardo de la Barra le consigue, por intermedio de su suegro, don José Victorino Lastarria, una presentación para el General Mitre, director de ese diario. Nombrado corresponsal de "La Nación", colabora allí durante varios años, siendo generosamente remunerado.

Con las siguientes palabras introductorias, Eduardo de la Barra muestra haber sido generoso con Darío al juzgar a *Azul*...:

"¡Qué cofre tan artístico! ¡Qué libro tan hermoso!
¿Quién me lo trajo?

¡Ah! La Musa joven de alas sonantes y corazón de fuego, la Musa de Nicaragua, la de las selvas seculares que besa el sol de los trópicos y arrullan dos océanos.

¡Qué hermosas páginas de deliciosa lectura, con prosa como versos, con versos como música! ¡Qué libro! Todo luz, todo perfume, todo juventud y amor.

Es un regalo de hadas: es la obra de un poeta. Pero de un poeta verdadero, siempre inspirado, siempre artista, sea que suelte al aire las alas azules de sus rimas, sea que talle en rubíes y diamantes las facetas de su prosa".

"De gusto fino y delicado —agrega—, casi diría aristocrático, neurótico y por lo mismo original; lleno de fosforescencias súbitas, de novedades y sorpresas; con la cabeza poblada de alas, fantasías, quiméras y ensueños, y el corazón ávido de amor, siempre abierto a la esperanza".

Muchos aspectos de *Azul*... subraya Eduardo de la Barra en su prólogo. Así, la música del verso, la variedad y riqueza de formas estróficas, el vocabulario opulento, de gran expresividad visual y auditiva; también alude al título de *Azul*... y reproduce la frase de Víctor Hugo que sirvió de numen a Darío en ímpetu inspirativo: *¡L'art c'est L'azur!* Le pronostica que será una gloria americana y que con su obra nace una nueva modalidad literaria, pues el siglo XIX es en España de gran pobreza poética; sólo Gustavo Adolfo Bécquer muestra originalidad y sentimiento mientras los otros poetas se confunden en medio del prosaísmo y la grandilocuencia.

Se ha repetido insistentemente que los estudios publicados en *Cartas Americanas*, por don Juan Valera, en Madrid, octubre de 1898, dedicados a *Azul...*, fueron el anticipo a la consagración que recibió el poeta pocos años más tarde, pues dio a su nombre una resonancia de que entonces carecía en todo el ámbito de las letras de los países de habla española.

Don Juan Valera era por aquel tiempo un crítico y novelista de gran nombradía literaria, de modo que un juicio suyo tenía indiscutible validez. Era agudo, ingenioso, benévolo para ocultar su fina ironía. Reproduzcamos algunos de los conceptos que en el referido prólogo expresó don Juan Valera:

“Leídas las 132 páginas de *Azul...*, lo primero que se nota es que está Ud. saturado de toda la más flamante literatura francesa. Hugo, Lamartine, Musset, Baudelaire, Leconte de Lisle, Gautier, Bourget, Sully Prudhomme, Daudet, Zola, Barbey d'Aurevilly, Catulle Mendès, Rollinat, Goncourt, Flaubert y todos los demás poetas y novelistas que han sido por Ud. bien estudiados y mejor comprendidos. Y Ud. no imita a ninguno: ni es Ud. romántico, ni naturalista, ni *neurótico*, ni decadente, ni simbólico, ni parnasiano. Usted lo ha revuelto todo: lo ha puesto a cocer en el alambique de su cerebro, y ha sacado de ello rara quintaesencia”.

Alude don Juan Valera al “galicismo mental” de Darío; le merece ello alabanzas por lo perfecto y profundo; pero advierte “que el lenguaje persiste español, legítimo y de buena ley y que si bien no posee *Azul...* un carácter nacional, posee, en cambio, un acentuado carácter individual”.

Ese galicismo mental de Darío es, como podrá advertirse a través de toda su labor literaria, más de forma que de fondo, más de superficie que de esencia conceptual. Poseía el poeta una gran capacidad receptiva para captar cuánta novedad artística recogía; la asimilaba, se apropiaba de ella y le daba su propio estilo, es decir, le imprimía el sello de su genio creador y proteico.

En *Azul...* encontramos en potencia toda esa variada gama expresiva que había de culminar en *Prosas Profanas* (1896); pero indudablemente la plenitud poética la logra con *Cantos de Vida y Esperanza* (1905).

De *Azul...*, junto a la riqueza verbal recamada de adjetivos y vocablos centellantes, como que designan piedras preciosas —camafco, ónix, pórfido, ágata, rubí—, fluye exotismo oriental —japonerías y chinerías—, lo real y soñado de ese oriente que tan lleno de leyendas y mis-

terios se presentaba a los ojos del hombre occidental del siglo pasado. Están también con toda su grandiosidad ingente e imaginaria la *Biblia* y *Las Mil y Una Noches*.

Son los cuentos de variada motivación. Cabe, desde luego, señalar "El Rey Burgués", en que hace un contrapunto entre el burgués burdo, ahito de goces materiales y el poeta hambriento y soñador a quien el burgués desprecia. También debemos señalar el cuento "El Fardo", en que se advierte una vaga reminiscencia de Zola, por el naturalismo y el sentido tenuemente social que emana del episodio.

Los otros cuentos que integran *Azul...*, son más bien estampas líricas, cuadros impresionistas, añoranzas y evocaciones, todo ello con un cierto vaho romántico de corte becqueriano, pero en que tampoco está ausente la brillantez encendida del trópico. Así "El Velo de la Reina Mab", "La Canción del Oro", "El Rubí", "El Palacio del Oro", "El Pájaro Azul", en que se muestra más que como un narrador de episodios reales, como un poeta que lirifica en prosa sucesos tramados en su imaginación.

Cabe también señalar una serie de cuadros descriptivos que llevan el título de "Album Porteño" y "Album Santiagués". Entre los versos que figuran en *Azul...*, destacaremos el "Año Lírico", cuatro composiciones destinadas a cantar las distintas formas que la naturaleza presenta en las estaciones del año y sus variadas reacciones ante ese cambio de la tierra, revelando la raíz romántica del alma del poeta. Y asoma esa preferencia suya por el otoño en "Autumnal", que será una vertiente lírica que discurrirá soterradamente en el fondo de sus sentimientos; vertiente que aflorará con melancólica voz de angustia y desesperanza en sus obras *Cantos de Vida y Esperanza*, *El Canto Errante* y *Poema de Otoño*.

Mención especial merece también la composición titulada "Anagke" (voz que en griego significa necesidad, destino, fatalidad).

En las numerosas ediciones posteriores, Darío agregó nuevos cuentos y poesías a *Azul...* Para nosotros, los chilenos, tiene una singular importancia el soneto titulado "Caupolicán", en que pone de relieve la noble figura del cacique araucano cantado por Ercilla.

También debemos recordar los sonetos que llevan el título "Medallones", entre los cuales señalaremos a Leconte de Lisle y a Catulle Mendès y, especialmente a Walt Whitman, a quien en numerosas ocasiones rindió pleitesía como uno de los poetas más representativos de la América sajona.

Se ha dicho que con *Azul...* se inicia ese movimiento literario llamado modernismo y sobre el cual nos detendremos al hablar de

Prosas Profanas, en que Rubén Darío configura las características fundamentales de ese movimiento con esa voluntad revolucionaria suya de romper con el arte poético tradicional entonces. Con todo, justo es reconocer que esa posición renovadora tiene antecedentes muy claros en poetas y prosistas de innegables calidades anteriores a Darío, sobre todo en el mejicano Manuel Gutiérrez Nájera y muy especialmente en el gran cubano José Martí, como asimismo en el poeta de esa nacionalidad, Julián del Casal.

La situación económica de Rubén Darío en Chile se hizo insostenible y debió regresar a su patria en febrero de 1889 mediante la ayuda que recibió de sus amigos más íntimos.

Muy variados son los comentarios que se han hecho sobre la permanencia de Darío en Chile, el valor que ella tuvo para su formación literaria, los recuerdos que le dejó, como asimismo la actitud de sus compañeros de letras.

Insertamos a continuación dos opiniones sobre el particular: Una del novelista chileno Luis Orrego Luco, escrita a raíz de la partida de Darío, y otra que el propio poeta dirigió a Orrego Luco desde Buenos Aires en 1912.

“Es un bohemio incorregible —decía Orrego Luco—. Acaba de embarcarse con dirección a Panamá, llevando solamente diez pesos en su cartera.

Adiós, amigo Rubén, usted ha sufrido y ha sollozado muchas veces en la tierra de Chile, despreciado por los unos, ofendido injustamente por los otros, pero no olvide que en ella se han extendido los horizontes de su alma. Desde aquí usted ha visto la tierra prometida; ojalá que a diferencia del poeta de la historia, le sea dado penetrar en ella”.

He aquí las palabras de Darío:

“Mi afecto por Chile se ha conservado el mismo después de tan largos días, y han revivido siempre en mí aquellas pasadas horas... Bien sabido es que allí publiqué mi libro *Azul*..., es decir, el libro de ilusiones y ensueños que había, con favor de Dios, de conmover a la juventud intelectual de dos continentes. Nunca podré olvidar que allí pasé algunas de las más dulces horas de mi vida, y también de las arduas, pues en Chile aprendí a macizar mi carácter y a vivir de mi inteligencia. Va esta carta, mi querido Lucho, como un saludo íntimo, pues el saludo nacional está escrito hace tiempo en mi Canto a las glorias de Chile”.

La vida de Rubén Darío, que se prolongó hasta los 48 años, está llena de peripecias, con altibajos que marcan el apogeo de su labor literaria y la glorificación de su nombre; pero que van también vulnerando el alma y el cuerpo del poeta.

Variado es el itinerario de su existencia, no sólo en lo referente a los países que recorrió, sino también a los distintos estados de su manera de vivir física y muy especialmente a la sentimental, o, para hablar con mayor propiedad, a la erótica.

Vive en El Salvador, en Guatemala, en Costa Rica, en Nicaragua; se radica por largo tiempo en Buenos Aires, asimismo en España y París. Viaja por Inglaterra, Francia, Austria y Bélgica. Permanece en Mallorca; pero son Buenos Aires, Madrid y París las ciudades en las cuales arraiga por más tiempo. Por último, pasando por Nueva York, regresa a su patria ya enfermo de cirrosis. Es operado en León donde fallece el 16 de febrero de 1916.

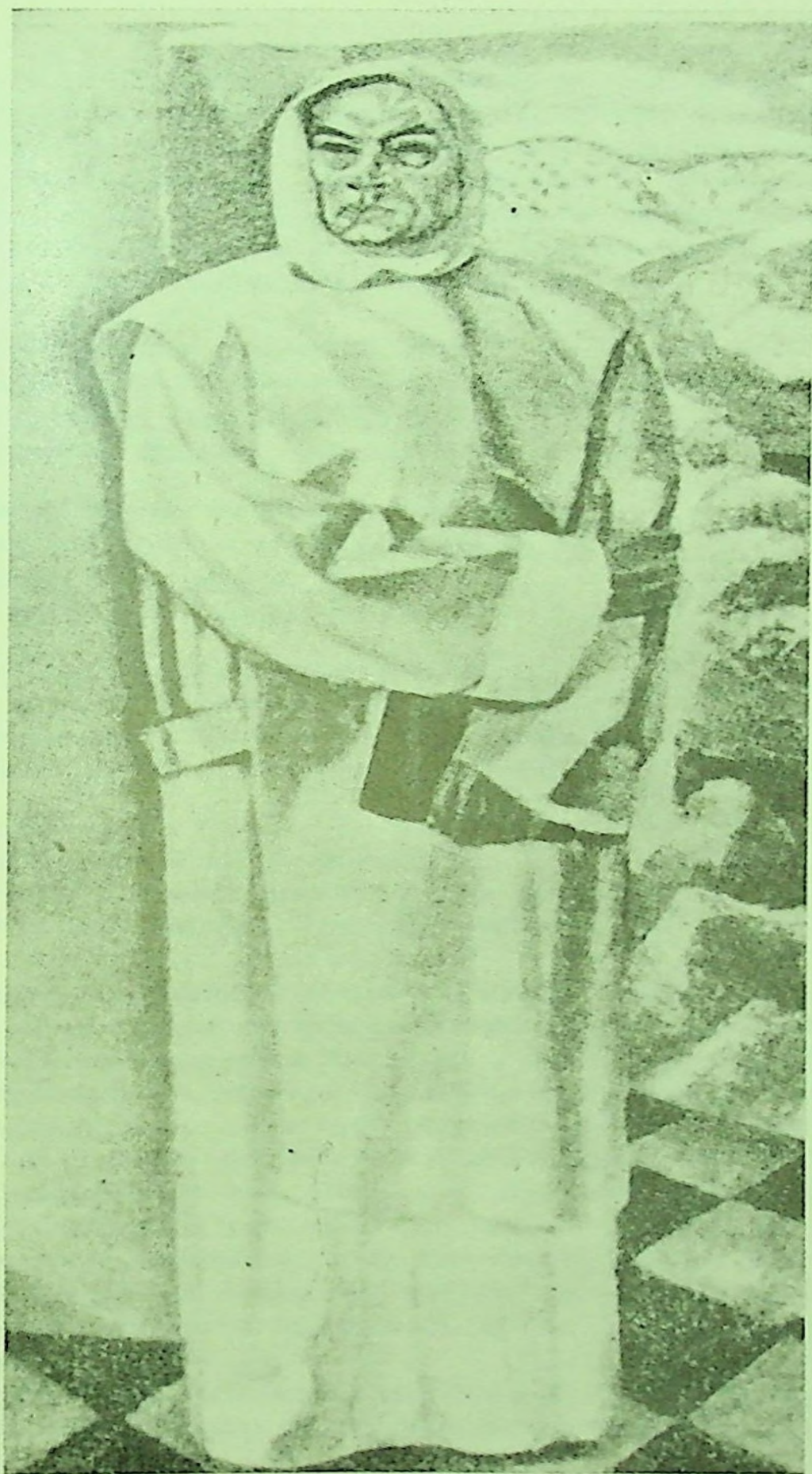
De esta sucinta relación se desprende que llevó una vida trashumante, de bohemio impenitente, como ha dicho un crítico suyo, por el vino, la carne y el ensueño. El mismo poeta lo dice desembozadamente:

*La vida se soporta
tan doliente y tan corta,
solamente por eso:
roce, mordisco o beso,
en ese pan divino
para el cual nuestra sangre es nuestro vino.*

Sensual, acaso más en la palabra que en los hechos, hasta sus últimos años sintió la inefable atracción de la carne; y así en la hora declinante de su otoño, pudo cantar virilmente:

*Gozad de la carne, ese bien
que hoy nos hechiza,
y después se tornará en
polvo y ceniza.*

Pero eso no es todo en Darío. En las reconditeces de su alma le roía la angustia, torturado por el misterio del destino del ser. De súbito afloraban en él estados místicos, como si la presencia de Dios le increpara implacablemente. Bien se advierte ello en sus libros de madurez y en forma muy acentuada en los versos de "La Cartuja".



Rubén Darío con hábitos monásticos. Retrato de Vásquez Díaz

Muchas mujeres se cruzaron por su camino. Si bien se casó dos veces, la mayoría fueron simples amores circunstanciales que lo retenían por el poder de la carne; pero hubo una a la cual, parece, quiso entrañablemente, que fue para él no sólo la hembra, sino además la compañera de su vida, de su tremenda soledad interior. Esa modesta empleada y campesina, Francisca Sánchez, fue la que le inspiró estos versos tan hondamente emotivos:

*Ajena al dolo y al sentir artero,
llena de la ilusión que da la fe,
lazarillo de Dios en mi sendero,
Francisca Sánchez, acompaña-mé...*

*En mi pensar de duelo y de martirio,
casi inconsciente me pusiste miel,
multiplicaste pétalos de lirio
y refrescaste la hoja de laurel.*

*Ser cuidadosa del dolor supiste
y elevarte al amor sin comprender;
enciendes luz en las horas del triste,
pones pasión donde no puede haber.*

*Seguramente Dios te ha conducido
para regar el árbol de mi fe.
¡Hacia la fuente de noche y de olvido,
Francisca Sánchez, acompaña-mé!...*

El hacer literario de Rubén Darío es amplísimo, ilimitado, oceánico. Ahondar en él es bucear en pos de sorprendentes hallazgos, de bellezas inauditas, sin que escaseen los ripios y tópicos. Una labor de tal naturaleza supondría un esfuerzo de estudio que escapa a nuestra voluntad de esquematizar lo mejor que el poeta nos legó y que aún sigue vibrando en el alma del hombre sensible; por eso sólo nos detendremos en algunas de sus obras más representativas. En tal sentido, después de hacerlo con *Azul...*, por la significación que esta obra implica como iniciadora de la renovación poética de habla española y también por el hecho de que fue publicada en Chile auspiciada por escritores nuestros, fijemos, ahora, nuestra atención en *Prosas Profanas* (1896).

Este mismo año había publicado en Buenos Aires *Los Raros*, libro formado de una colección de semblanzas de escritores, casi to-

dos ellos franceses, si bien figura también Edgar Allan Poe, Ibsen, José Martí, etc. Entre los franceses hay que mencionar a aquellos que más admiró y que más influyeron en él. Así Paul Verlaine y Leconte de Lisle. El propio Darío ha dicho que las páginas de *Los Raros* fueron escritas para "La Nación" de Buenos Aires "cuando en Francia estaba el simbolismo en pleno desarrollo". "Me tocó —expresa— dar a conocer en América este movimiento y por mis versos de entonces fui atacado y calificado con la inevitable palabra 'decadente'..."

Más que un estudio de los autores que figuran en *Los Raros*, son las páginas de este libro una exaltación lírica, plenas de entusiasmo y admiración por aquellos que le señalaron nuevas rutas a su voluntad de transfigurar en ficción y arte lo vulgar y deleznable de la trama de nuestro vivir precario.

Al enfocar su libro *Azul...*, manifestamos que la renovación literaria iniciada por Darío no sólo afectaba al verso, sino también a la prosa. Esto último lo podemos muy bien comprobar con su ya mencionada obra *Los Raros*. Fuerza expresiva, frase rápida, ágil, nerviosa, de períodos breves, eliminados los elementos conjuntivos, especialmente el *que*, salpimentada de adjetivos e imágenes en que el español adquiere todas las tonalidades de una sinfonía verbal. Lo que también en España realizaría el grupo de escritores de la generación del 98, especialmente Valle Inclán en la prosa, identificándose con ellos en la actitud innovadora de Darío; por eso hay críticos que no vacilan en considerar al poeta nicaragüense como integrante de la generación del 98.

Así como don Juan Valera saludó elogiosamente la aparición de *Azul...*, lo mismo hizo el ensayista uruguayo José Enrique Rodó con *Prosas Profanas* en el prólogo que escribió para esta obra. Es éste un ensayo en profundidad donde se analizan los diferentes aspectos que subrayan lo propio y original de las composiciones poéticas de Darío. Rodó participa de todas ellas y termina considerándose también como un escritor modernista.

Muchas facetas ofrece el modernismo, vagas e imprecisas; algunos críticos lo estiman no sólo del punto de vista de la creación literaria, sino como una actitud propia de la poesía hispanoamericana; de ahí la dificultad de dar sobre el modernismo una definición lo suficientemente exacta y abarcadora. Respecto a *Prosas Profanas*, podríamos decir que Darío nunca prescindió del consejo verlainiano: "La musique avant toute chose". Así como tampoco abandonó las genuflexiones cortesanas de sus añoranzas dieciochescas.

En "Palabras Liminares" —como llama el poeta a la introducción a *Prosas Profanas*—, define asimismo su arte, proclamando su libertad poética. Expresa entre otras cosas: "Yo no tengo literatura 'mía' —como lo ha manifestado una magistral autoridad— para marcar el rumbo de los demás: mi literatura es mía en mí; quien siga servilmente mis huellas perderá su tesoro personal y, paje o esclavo, sello o librea".

En *Cantos de Vida y Esperanza* (1905), ya el poeta aparece inquietado al presentir las sombras de su atardecer, añorando su juventud tan explosiva en lo erótico y en su inclinación alcohólica. Encontramos en este libro varias composiciones en que se confiesa desnudamente, como aquellas estrofas iniciales:

*Yo soy aquel que ayer no más decía,
el verso azul y la canción profana,
en cuya noche un ruiseñor había
que era alondra de luz por la mañana.*

*Yo supe del dolor desde mi infancia;
mi juventud..., ¿fue juventud la mía?
Sus rosas aún me dejan la fragancia...
una fragancia de melancolía.*

¿Podremos olvidar aquellos conocidos versos de la primera estrofa de "Canción de otoño en primavera"?

*Juventud, divino tesoro,
¡ya te vas para no volver!
Cuando quiero llorar no lloro.
Y a veces lloro sin querer...*

Otra composición que figura en *Cantos de Vida y Esperanza* y que no podemos dejar de mencionar, es la muy conocida "Marcha Triunfal", de gran trompetería musical, wagneriana, a toda orquesta.

El cisne fue para Darío símbolo de su arte poético por la elegancia de esta ave en su nadar aristocrático, en cuyo cuello, ligeramente curvado, parece que el poeta encontró en el ritmo armonioso y señorial su apetencia insatisfecha de pureza e idealismo. El motivo del cisne lo encontramos a través de toda su obra literaria. Sin duda, la composición titulada "Los Cisnes", que dedicó a Juan Ramón Jiménez, es la que mejor representa el simbolismo encarnado en esa ave.

*¿Qué signo haces, oh Cisne, con tu encorvado cuello
al paso de los tristes y errantes soñadores?
¿Por qué tan silencioso de ser blanco y ser bello,
tiránico a las aguas e impasible a las flores?*

*Yo te saludo ahora como en versos latinos
te saludara antaño Publio Ovidio Nasón.
Los mismos ruiseñores cantan los mismos trinos,
y en diferentes lenguas es la misma canción.*

*A vosotros mi lengua no debe ser extraña.
A Garcilaso visteis, acaso, alguna vez...
Soy un hijo de América, soy un nieto de España...
Quevedo pudo hablaros en verso de Aranjuez...*

*Cisnes, los abanicos de vuestras alas frescas
den a las frentes pálidas sus caricias más puras
y alejen vuestras blancas figuras pintorescas
de nuestras mentes tristes las ideas oscuras.*

En su libro *El Canto Errante* (1907), dentro de las variadas temáticas que lo inspiran, nuestra América está presente en lo más genuino y auténtico de su historia y de su naturaleza. Así en las tituladas "Tutecotzimí", "Momotombo", "Desde la pampa", "Bartolomé Mitre", "Epístola a la señora de Leopoldo Lugones", "El canto a la Argentina", y, por último, no podemos dejar de mencionar su poema "A Colón", en cuyos versos se exalta hasta la diatriba cuando alude a los gobernantes de ayer y de hoy. Son versos lapidarios los siguientes:

*Cristo va por la calle flaco y enclenque,
Barrabás tiene esclavos y charreteras,
y las tierras de Chibcha, Cuzco y Palenque
han visto engalonadas a las panteras.*

*Duelos, espantos, guerras, fiebre constante
en nuestra senda ha puesto la suerte triste:
¡Cristóforo Colombo, pobre almirante,
ruega a Dios por el mundo que descubriste!*

Por todo ello queda totalmente desvirtuado aquel concepto prematuro de Rodó, cuando dijo: "Rubén Darío no es el poeta de

América". Asimismo, llevaba a España entrañada en su sangre y en su espíritu. Muestra de su vehemencia admirativa a ella son: "Letanía de nuestro señor Don Quijote", los sonetos "A Valle Inclán", "A Maestre Gonzalo de Berceo", "A Juan Ramón Jiménez", "A Góngora", "A Velázquez", y sus composiciones "Cosas del Cid", "Elogio de la seguidilla", etc.

Citaremos, finalmente, su libro *Poema de Otoño* (1910), donde encontramos "La Cartuja" en que fluye un tenue vaho de misticismo y liberado de todo sensualismo transitorio, como una invocación de humildad y contrición. ¿No lo percibimos en los siguientes versos arrodillado y pesaroso?

*Poder matar el orgullo perverso
y el palpar de la carne maligna,
todo por Dios, delante el Universo,
con corazón que sufre y se resigna.*

*Sentir la unción de la divina mano,
ver florecer de eterna luz mi anhelo,
y oír como un Pitágoras cristiano
la música teológica del cielo.*

*Y al fauno que hay en mí, darle la ciencia,
que el Angel hace estremecer las alas.
Por la oración y por la penitencia
poner en fuga a las diablasas malas.*

La misma actitud advertimos también con clamor imprecatorio en "Los motivos del lobo", en que el poeta aparece iluminado del más profundo espíritu fraterno, como si las enseñanzas de Cristo hubieran corregido su conducta dionisiaca.

Al hacer este breve balance de la obra de Rubén Darío, tenemos que llegar a la conclusión de que aligeró la poesía española, que abandonó el período rotundo por la frase significativa, la metáfora personal, la imagen-símbolo. Modernizó la lengua castellana, en la sintaxis y vocabulario, exhumó arcaísmos e inventó neologismos. Particularmente remozó la métrica; restauró las estrofas de los trovadores del siglo xv, el soneto octosílabo y el alejandrino, empleó un verso nuevo: el heptadecasílabo; formó numerosas combinaciones estróficas, etc.

Aún leemos con renovada emoción varias composiciones suyas. Al hacerlo sentimos como si nuestra alma se agitara con un soplo

que consideramos de gran trascendencia por las interrogantes metafísicas que ellas implican y que, por lo mismo, les da a sus versos mayor proyección humana, como es "Lo Fatal":

*Dichoso el árbol que es apenas sensitivo,
y más la piedra dura porque esa ya no siente,
pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo,
ni mayor pesadumbre que la vida consciente.
Ser y no saber nada, y ser sin rumbo cierto,
y el temor de haber sido y un futuro terror...
Y el espanto seguro de estar mañana muerto,
y sufrir por la vida y por la sombra y por
lo que no conocemos y apenas sospechamos,
y la carne que tienta con sus frescos racimos,
y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos,
¡y no saber adónde vamos
ni de dónde venimos!...*

La gran incógnita que es, acaso, una de las preocupaciones mayores del hombre y la inspiradora de toda filosofía: ¿De dónde venimos, qué somos, adónde vamos?

¡Cómo clamaba angustiado Darío cuando percibía entibiarse su fel

*¡Señor, que la fe se muere!
Señor, mira mi dolor.
¡Miserere! ¡Miserere!...
Dame la mano, Señor...*

Hispanoamérica, hasta promediar el siglo XIX, estaba, en lo referente a poesía, bajo la influencia de España. Poco a poco, los escritores hispanoamericanos fueron liberándose de esa influencia tradicional, no sólo en la poesía, sino también en la prosa. De Francia llegaban vientos renovadores que estremecían a los jóvenes escritores de la segunda mitad de la centuria pasada. Así, en José Martí, Manuel Gutiérrez Nájera, Salvador Díaz Mirón, Julián del Casal y José Asunción Silva. Surge esa modalidad literaria llamada modernismo, en que la literatura adquiere un tono cosmopolita, exótico, estetizante, sin por ello desvitalizarse de su raíz americana. Con Rubén Darío el modernismo alcanza su más plena y cabal expresión.

En España y América muchos lo siguieron con acento propio y muchos, también, lo imitaron servilmente. Larga sería la nómina de los poetas y prosistas del modernismo. Se destacan: Leopoldo Lugones, José Enrique Rodó, Gonzalo Zaldumbide, Herrera y Reissig, González Martínez, Amado Nervo, Guillermo Valencia, José Santos Chocano, Enrique Gómez Carrillo, Manuel Díaz Rodríguez, etc.; americanos todos ellos. Entre los españoles que se inscriben dentro de esta nueva corriente literaria debemos señalar, primeramente, a Valle Inclán, y también a Gabriel Miró, Pérez de Ayala, Francisco Villaespesa, etc. En lugar aparte se sitúa a Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado, quienes se alejan del ripio que acarreó el modernismo con todo su oropel y pedrerías falsas.

Si bien el modernismo tuvo limitaciones y muchos de sus aspectos que más se popularizaron han caducado, ninguno de los grandes poetas, especialmente hispanoamericanos, puede desconocer que ellos se nutrieron, en su iniciación literaria, en la poemática de Rubén Darío. Podríamos asentar este juicio nuestro mencionando a cuatro de los grandes poetas de la avanzada literaria postmodernista, no obstante poseer éstos un acento personalísimo e inconfundible. Así, el peruano César Vallejo, intérprete del misterio ancestral y milenario del alma de América; Vicente Huidobro, cosmopolita al rebasar las fronteras americanas con su verso fraguado en las audacias del vanguardismo; Gabriela Mistral, cuya voz inaudita, dolorida, emana de las entrañas de su áspera tierra elquina para elevarse con resonancia universal, y Pablo Neruda, cósmico, surgiendo de las esencias humanas y telúricas de nuestro continente para clamar, con verbo numeroso, contra el sometimiento que ha subyugado al hombre genuinamente americano.

La belleza no tiene límites temporales. El artista ha de comunicar la inquietud de su tiempo y de su propia sensibilidad mediante el estilo que configura su naturaleza intransferible. Ni Homero, ni Fidias, ni Horacio, ni Miguel Angel, ni el Dante, ni Góngora, ni Cervantes, ni Shakespeare, ni Goethe, ni Dostoiewski han envejecido en lo fundamental de sus creaciones artísticas. Mucho se habrá desvalorizado en la obra de Rubén Darío, sobre todo aquellas poesías de "frívola sensualidad acústica". "Porque —bien lo ha dicho Unamuno— el pobre Darío tuvo la triste suerte de todos los que de verdad remueven y ahondan y renuevan, y es que de lo suyo adquiera más pronta y

extensa boga lo menos suyo y lo más flojo. Si me hubiera dejado guiar por lo que de él me recitaban los que decían admirarle más, no le hubiese leído nunca. ¡Fortuna grande que le conocí y descubrí al hombre, y éste me llevó al poeta! Al indio —lo digo sin asomo de ironía, más bien con pleno acento de reverencia—, al indio que temblaba con todo su ser, como el follaje de un árbol azotado por el cierzo, ante el misterio. Pues para él era el mundo en que erró, peregrino de una felicidad imposible, un mundo misterioso”.

•

La Universidad de Concepción ha querido sumarse, a través de *Atenea*, a los numerosos homenajes que en el mundo, especialmente en los países de habla española, se han estado rindiendo a Rubén Darío con motivo del centenario de su nacimiento. No se ha pretendido caer en laudatorias de verbalismo estéril o en apoteosis de mera trompetería.

Son muchos los aspectos y ángulos que ofrece la poesía dariana, como una cantera de inagotable riqueza mineral.

Catedráticos nacionales y extranjeros, incluso varios de universidades norteamericanas, han entregado su aporte exegetico a la obra dariana. Ha colaborado a esta labor, con gran entusiasmo e interés, el profesor de la Universidad de Concepción, actualmente en la Universidad de Michigan de USA, Juan Loveluck, a quien la dirección de *Atenea* le expresa sus agradecimientos más profundos.

Este homenaje a Rubén Darío se inicia con el “Tricanto de Movimientos Pausados en su Honor”, escrito especialmente para *Atenea* por Pablo Neruda. Así, estos dos poetas se hermanan en lo más alto de la poesía hispanoamericana como eminencias indelebles.



Busto de Rubén Darío en París